

LOS DONES DEL ESPIRITU SANTO

Lectura: 1 Corintios 12:12-31

I.- INTRODUCCION

Es evidente que el tema que nos hemos propuesto, es uno de los más amplios que se hallan en las Sagradas Escrituras; por consiguiente, aquello que vamos a decir aquí es simplemente una introducción al mismo. Solamente la consideración de los dones mencionados en este capítulo (vers.8 a 10) nos llevaría varias clases como esta, de manera que ello correspondería a un estudio detallado, muy conveniente para todos los miembros de nuestras iglesias, que muchas veces desconocen cuáles son las manifestaciones del Espíritu Santo en los hijos de Dios. Como dijimos, estos libretos son de carácter general y procuran que todos los creyentes, cualquiera sea su edad, sepan que, desde el momento que aceptamos a Cristo como Salvador Personal, ya poseemos por lo menos un don y debemos saber cuanto antes, cuál es, con el fin de manifestarlo y ejercerlo conforme lo establecido en la Biblia; pues de lo contrario sufriremos personalmente y haremos padecer a todo el cuerpo de Cristo en el lugar donde nos congregamos.

También deseamos aclarar que, antes de hablar de dones, tendríamos que referirnos detalladamente al fruto del Espíritu Santo, y más aun a la recepción y plenitud del mismo Espíritu; sin embargo, y dada la brevedad del tiempo y espacio que disponemos, estos dos temas los consideraremos dentro de este libreto. En consecuencia, podemos apreciar las dificultades que afrontamos, tanto por la falta de los conocimientos previos necesarios, como así también porque debemos ceñirnos a un tiempo limitado para estudiar un asunto que es de suma importancia para el crecimiento de nuestras congregaciones.

II.- BAUTISMO DEL ESPIRITU SANTO

Este tema, que tantos inconvenientes ha traído entre los grupos evangélicos en razón de la errónea interpretación que del mismo han hecho las sectas pentecostales, es abordado en forma sencilla por el Apóstol Pablo (vers.13). Allí nos explica que, desde el momento que nos hemos arrepentido de nuestros pecados y creímos en Cristo como nuestro Salvador personal (Ef.1:13-14), hemos recibido el Espíritu Santo en nuestros corazones, lo hemos bebido. En ese mismo instante, El nos bautiza en el cuerpo de Cristo, es decir nos coloca en la Iglesia Universal, nos hace miembros de ella, aunque todavía no formamos parte de la congregación local, porque no hemos pasado por el bautismo del agua. Sin embargo, al estar incorporados al Señor, ya tenemos asignada una función que, posteriormente, saldrá a la luz, pero que ya la poseemos; como ocurre con todos los miembros del cuerpo de un recién nacido, pero que no pueden cumplir con su cometido hasta que no alcanzan el debido desarrollo y el niño se acostumbra a usarlos.

Todos los creyentes tenemos un lugar en el cuerpo desde la cabeza hacia abajo; puesto que ese sitio le corresponde solamente al Señor: "Nosotros tenemos la mente de Cristo" (1 Co.2:16); lo cual significa haber perdido la propia. Por esta causa, la experiencia de un verdadero discípulo del Maestro comienza cuando se niega a sí mismo (Lc.9:23), para lo cual ha de crucificar su mente, dejando que sus pensamientos respondan, no ya al espíritu malsano de este mundo, que es el suyo propio, sino al mismo Espíritu Santo (Ef.4:22-24). Esto también lo ejemplifica Jesucristo cuando expresa: "Llevad mi yugo sobre vosotros" (Mt.11:29); puesto que debemos estar como los bueyes atados al yugo, en este caso junto al Señor; lo cual significa perder el dominio, la dirección, la cabeza; que yo deje de tener la capacidad para decidir en los asuntos de mi propia vida, mucho más en los de la Iglesia.

Ahora podemos llegar a entender cómo puede funcionar armoniosamente un cuerpo donde son colocadas personas de distinta posición social; porque la cruz hace desaparecer todo para entrar en la Iglesia. Se acabaron las razas elegidas; los judíos les decían perros a los griegos, y estos bárbaros a los primeros; ahora todos son uno en Cristo. Los esclavos se conver-

tían, así como sus patronos que podían matarlos, y ahora ambos debían ser pasados a degüello por amor del Señor (1 Co.12:13). También tenían que ser destruidos todos los convencionalismos (Col.3:11); se terminan los sexos (Gá.3:27-28), porque así como no hay raza, ni posición social, no hay varón ni hembra. Lo importante es que todos lo comprendamos así, nos sometamos al Espíritu Santo y seamos consumadamente una cosa (Jn.17:23).

III.- PLENITUD DEL ESPIRITU SANTO

Decíamos en el punto anterior que el bautismo del Espíritu Santo ocurre cuando se mete dentro de nosotros; por lo tanto, no se debe orar para recibir algo que ya se posee; en cambio, tenemos un expreso mandato bíblico: "Sed llenos de Espíritu" (Ef.5:17-18); es decir, Aquel que ha venido a morar en nuestro propio espíritu (Ro.8:16), ahora debe ocupar todo nuestro ser. Es por ello que estos versículos nos enseñan esta lección a través de la figura del borracho que, cuando está saturado de alcohol, los vapores se posesionan de él, lo enajenan, le hacen perder el control y sentido real de las cosas y le transportan a un mundo ficticio. Precisamente eso es lo que Dios quiere que ocurra en nosotros cuando "bebemos", según vimos en el punto anterior, el Espíritu Santo. El tiene que enajenarnos, tomar dominio sobre nosotros, en tal forma que abandonemos la realidad que nos rodea y seamos introducidos en una íntima comunión con El.

Desde luego que esto supone que primeramente debe vaciarnos de todas aquellas cosas que llenan nuestra vida, tanto las que son pecaminosas en sí mismas, como muchas otras que pueden ser legítimas, pero que están distrayendo nuestra atención para que no hagamos las obras divinas. De allí la necesidad de ir a Cristo llevando todas nuestras cargas (Mt.11:28); sean estas económicas, sentimentales, morales, físicas, etc. Para un cristiano carnal, el impedimento proviene de sus faltas; pero el que no lo es, puede tener ansiedades o preocupaciones que no dejan que el Espíritu Santo obre y se manifieste en su vida. Debemos, cada día, ir al Señor para descansar por completo, porque en este sentido, tanto es un pecado la mentira (por ejemplo), como la preocupación; porque estamos desconfiando del amor y el poder de nuestro propio Padre celestial.

IV.- EL FRUTO DEL ESPIRITU SANTO

El Espíritu Santo ha venido a morar en mí para producir su precioso fruto (Gá.5:22-24), y ello es previo a la manifestación de los dones, pues lo que significa formar un carácter distinto del nuestro, que se caracterice por las cosas que amamos; precisamente la base del amor en la vida, crea el clima por el cual la semilla está capacitada para dar buenos frutos. En este sentido es muy notable que, en la naturaleza, las potencias más grandes son las más silenciosas; así el sol calma todo el poder de las nubes, las lluvias, los rayos, etc.; y ese sol está en armonía con la tierra para manifestar el fruto de la semilla. De la misma manera, un creyente necesita, imprescindiblemente, ser vaciado de toda cosa mala, para ser llenado del amor y la armonía de Cristo (Ef.3:14-19), el sol de justicia, y de esa forma estará en condiciones de producir el fruto apacible del Espíritu Santo.

Desde luego que nuestra carne se ha de oponer tenazmente a estas manifestaciones espirituales (Gá.5:13-26) y, por consiguiente, la única solución será crucificarla con sus afectos y concupiscencias; esto supone una lucha permanente, toda vez que nuestro yo quiera salirse del único lugar que le corresponde, que es la cruz; cuando lo logra, dejamos de vivir en el Espíritu para hacerlo en la carne; ello hace la diferencia entre creyentes carnales y espirituales (1 Co.3:1), de acuerdo con cuál de nuestras dos naturalezas se está manifestando en sus vidas. De allí la importancia de analizar el fruto que estamos dando, porque ello será una prueba evidente para saber si estamos o no crucificados (Mt.7:16-20 comp.Mt.15:13). En caso negativo, recordemos que Cristo nos promete la victoria (1 Co.15:57) y para ello, ha venido el Espíritu Santo a morar a nuestros corazones (Ro.8:9).

V.- LOS DONES DEL ESPIRITU SANTO

El capítulo que estamos considerando (1 Co.12), comienza con una expresión muy llamativa del Apóstol Pablo: "Acerca de los dones espirituales, no quiero, hermanos que ignoréis". Será por ello quizá que el Diablo se ha ocupado tanto de eliminar ese tema de las predicaciones, como así de nuestros propios estudios personales; porque es evidente que existe mucho desconocimiento entre los creyentes. Pero además de ello, otra razón importante la tenemos en el pasaje paralelo (Ro.12:1-11) donde, en los dos primeros versículos, se nos habla claramente que, para manifestar estas capacidades espirituales, no solamente hay que conocer todo aquello que dicen las Sagradas Escrituras, sino también realizar un completo y total sacrificio del ser en el altar de la cruz; para que recién entonces, todo aquel que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener (vers.3) pueda servir al Señor de acuerdo con las capacidades que El le ha concedido (vers.4 a 11).

El cuerpo de Cristo tiene todas las funciones necesarias y ellas deben ponerse en evidencia; de lo contrario estaría impedido, enfermo, debilitado, etc. Esto debe llamarnos la atención respecto de nuestra posición en El; puesto que del ejercicio de los dones de cada miembro depende la buena marcha del conjunto. Si alguien no sabe cuál es su tarea en el cuerpo, o si conociéndola, no quiere realizarla, el resto de sus hermanos sufre y, por supuesto, mucho más el Señor; además, no se cumple con el ministerio de la Iglesia y se detiene su crecimiento o es muy limitado.

Cada creyente tiene, por lo menos, un don; es necesario, entonces, que todos lo conozcan y lo manifiesten (2 Ti.1.6-8); no se puede descuidar el más humilde pedacito de ese cuerpo que debe ser perfecto, pues todas son importantes e igualmente necesarios (1 Co.12:14-27). La timidez ha de ser vencida; para ello tenemos el poder de Cristo, que nos capacita para realizar todo aquello que nos demanda Su Obra; debemos ejercer nuestro oficio espiritual siendo participantes de los trabajos del Evangelio, según la virtud de Dios, y hacerlo con todo esmero (1 Ti.4:12-16), pues quizá no estamos aplicando el don a los usos que le corresponden; de lo contrario desobedecemos a la cabeza y el resto de la hermandad se verá sobrecargada como resultado de nuestra falta de entrega al Señor.

VI.- ENSEÑANZAS

1) Debemos alabar a Dios por la maravillosa obra que el Espíritu Santo ha venido a realizar en nosotros y pedirle perdón, porque tantas veces le resistimos (Hch.7:51), entristecemos (Ef.4:30) o apagamos (1 Ts.5:19).

2) Para evitar que ello ocurra, tenemos que entregarnos del todo a El, dejándonos llenar de Su plenitud, para vivir cada día cumpliendo plenamente con Su Voluntad (Jn.1:16; 2 Co.4:10-11).

3) Es necesario realizar un examen de nuestra vida para verificar si todavía se manifiestan las obras de la carne, y si estamos o no produciendo el fruto del Espíritu Santo (2 Co.13:5; Ef.4:17-32).

4) Respecto a los dones, notamos la importancia de ajustar nuestra conducta a la enseñanza bíblica, tanto en el orden personal, como de la Iglesia local (1 Ti.4:14; 2 Ti.2:15).